

Las fuentes de la espiritualidad de La Salle

*LLUÍS DIUMENGE, FSC**

Es imposible ponerse en presencia de la constructiva personalidad de Juan Bautista de La Salle (1651-1719) sin sentir el hechizo de dialogar con ella. Su figura de hombre atrae no menos que los rasgos de Fundador y Santo.

Para captar la fisonomía de este hijo de la Iglesia de Francia urge reconstruir la psicología colectiva de su medio que gravita sobre su modo de ser individual. Si se desvincula su imagen del correspondiente cuadro sociológico, la iluminación resulta insuficiente. Incluso puede falsificar sus actitudes.

Vislumbrar su contexto geográfico-histórico, el peregrinar de su vida así como el florecer de su espiritualidad nos conducirán a descubrir las fuentes que moldearon su pensamiento.

I. UN HOMBRE DE DIOS EN EL SIGLO DE LAS LUCES

Juan Bautista de La Salle vivió en la época del iluminismo. Entre la revolución inglesa de 1648 y la revolución francesa de 1789. El vigor espiritual del Gran Siglo iba a decaer paulatinamente en aras del primado de la razón.

* Catedrático de Teología Moral en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

Hacia 1670 el cartesianismo predica dicha soberanía. Se someten al tamiz de las críticas todas las creencias y tradiciones religiosas. Por otra parte, los descubrimientos de la ciencia moderna hacían aparecer el tiempo nuevo como la edad de la madurez de la razón humana a la que incumbe decidir sobre la vida individual y social, sobre la perfección moral y el progreso indefinido. Para el espíritu moderno, la regla del descubrimiento y de la interpretación científica no es la autoridad sino la experiencia.

Desde siempre la civilización occidental se ha esforzado en atemperar el utilitarismo de la organización racional por el desinterés de una ética de la gratuidad y del amor. Sólo ésta, al servicio de una voluntad de armonía, puede hacer fracasar el deseo egoísta personificado en el grupo de los libertinos. Su vivir incluye simultáneamente la libertad de pensamiento y la licencia de costumbres. Su escuela es la taberna y su cátedra, la mesa. Licencia que se muda en doctrina de vida.

El movimiento iluminista halla en Francia las condiciones sociales, políticas y culturales propicias para la evolución radical de las ideas. Se transita del espíritu de geometría al espíritu de crítica.

II. ITINERARIO EXISTENCIAL

La formación de Juan Bautista, la experiencia que obtuvo en el transcurso de ocho años como tutor de sus hermanos y su doctorado en Teología constituyen elementos más que suficientes para configurar su mentalidad. Y, por si fuera poco, Dios le otorgó las gracias necesarias para llevar a feliz término una misión evangelizadora. El carisma del Fundador brillaría con luz propia. Triunfó de otros caminos más sutiles y brillantes para afianzarse en la senda ubérrima de la función magisterial.

Entre las grandes líneas de fuerza que le caracterizan figura su dejarse interpelar por la vida. Es consciente de que los hombres se ven arrastrados

por la marea general de su contexto. Lejos de maldecir la oscuridad de su tiempo, enciende pequeñas luces por doquier. Para él, lo primero fue la vida, el espíritu, el afán. Luego vendrían las normas y las leyes. De esta manera, su vida ilustrará muchas de sus máximas y éstas iluminarán situaciones biográficas vividas. Conviene leer sus *Meditaciones* en esta clave.

Buscar en la selva de las biografías, desmitificar, seguir el ritmo de los tiempos equivale a encontrarse con un hombre contenido, callado y enigmático. No con los misterios oscuros que suponen sus adversarios sino con los de la voluntad consciente de cubrir con el velo del silencio el auténtico secreto de su vida: *Dios y lo que para él esta realidad significa*. En vida, fue amigo de esconder las dádivas de Dios. Jamás comunicó nada a nadie sobre sus seísmos interiores.

Y, sin embargo, hemos de llegar a su madera originaria, a su fibra humana y espiritual. *Se dejó llevar* a donde no sabía. Y así resultó Fundador. Su itinerario existencial más que suyo fue de Otro, que le llevó por donde nunca pensara en las noches de San Remigio. Es objeto del extraño gobierno de Dios. Peregrina hacia lo desconocido, guiado por una confianza total en quien le lleva, sin saber hacia dónde.

Desde 1682 en que recibe la gracia de darse a las escuelas hasta cuatro años después en que se celebra la primera asamblea de la Sociedad, cede su canonjía y reparte sus bienes a los pobres. ¡Qué hermoso es el fuego que se eleva al quemar uno las naves! El fuego fue ese tejido de aconteceres y respuestas heroicas.

Un hombre a la escucha permanente de Dios define su andadura. La realización parcial de la utopía fue la obra pragmática de La Salle, el hombre cuya acción resulta dinámica justamente porque no es para sí y desecha el yoísmo. Pero tampoco es el usual hombre de acción, confiado en sus recursos y liderazgo. Más que actor se siente actuado. No cae en la tentación de su propia eficiencia.

La Sociedad es *obra de Dios*. La contemplación del pasado apoyaba esta certeza de futuro. Porque, desde la cima de la vida, el pasado personal y comunitario era desconcertante, paradójico, contradictorio para quien considerase el envés del tapiz, con sus hilos y nudos en revoltijo. «Otro te llevará a donde no quieras» (Juan 21, 18).

III. ESPIRITUALIDAD QUE TRADUCE UNA PROFUNDA EXPERIENCIA PERSONAL

Sin duda existen preparaciones providenciales a una vocación. Juan Bautista ha participado, sin saberlo, de todo un movimiento de ideas, corrientes intelectuales y místicas que configuran típicamente el rostro de Francia en la segunda mitad del siglo xvii. Y por si fuera poco su espíritu, siempre deseoso de luz, acudirá a muy distintos personajes para esclarecer un problema o tomar una decisión.

Todos los historiadores coinciden en reconocer que el Fundador vivió en una coyuntura histórica especial. Tan distinta de los siglos precedentes como de los módulos de pensamiento hodierno. Rico y complejo período en el que la Iglesia padece una crisis de rigidez ortodoxa que perjudicaría a las corrientes bíblico-patrística y teológica. En los dominios de la pastoral prevalece cierto antiintelectualismo.

La espiritualidad es una manera particular de sintetizar vitalmente los valores cristianos, según la diversidad de puntos de vista y esto a nivel de una personalidad individual. Para La Salle fue una síntesis vivida que impulsa intentos de elaboración teórica.

En Occidente la espiritualidad está impregnada de la metáfora de la guerra. Términos como *lucha, combate, enemigo, victoria, derrota...* aparecen en el *Vocabulario Lasaliano*.

En las últimas décadas, la espiritualidad se ha convertido en tema clave, no sólo en Teología sino también en formas comercializadas de grupos de autoayuda y de empresas que estimulan a los suyos a dar lo mejor de sí mismos en el mercado mundial.

Hay quienes la han convertido en el mínimo común denominador entre los «buscadores de sentido». Otros la entienden de forma más profunda sin contraponerla con la religión. Esta sería el cuerpo (que tiene su importancia), mientras la espiritualidad representaría el alma. El místico iraní Ostad Elahi utiliza la metáfora de la «cáscara». La religión sería indispensable. La «almendra» que expresa el sabor del fruto, sería la espiritualidad.

Durante más de dos siglos, al Santo se le conoció casi exclusivamente como pedagogo. Sus obras espirituales al igual que su nombre eran desconocidos en la historia de la espiritualidad. Felizmente hoy se ha avanzado mucho en vigorizar la trayectoria de un hombre formado en la escuela del Espíritu.

El conjunto de sus libros alcanza la cifra de 3.450 páginas, sin contar la correspondencia. Ninguno de ellos subsiste en manuscrito autógrafo.

IV. «LA VIGOROSA HUELLA DE GRANDES MAESTROS ESPIRITUALES»

Un historiador de la talla del P. Evangelista Vilanova, enmarca globalmente el tema:

«En el campo de la espiritualidad, como en el de la política, asistimos durante el siglo xvii al paso de la preponderancia española a la francesa. Surge en Francia, agotada por las guerras de religión, una extraordinaria renovación de la vida cristiana, que quedará marcada por *la vigorosa huella de grandes maestros espirituales*. Aunque cada uno de ellos tiene su propia personalidad y su propio carisma, todos

coinciden en estimular al hombre para que se entregue sin reservas a Dios y no tienen miedo de proponer este ideal a todos sus contemporáneos, sea cual fuere su estado de vida. La santidad que predicán y que viven se despliega en el mismo corazón de la vida cotidiana. En ellos, no hay divorcio entre fe y vida, entre evangelio y realidades terrenas; no hay disociación entre el amor a Dios y el amor al prójimo»¹.

La personalidad de La Salle está bañada por dos mares ideológicos confluyentes. El primero viene constituido por aquella serie de hombres que intervinieron en su dirección espiritual y pedagógica. A través de ellos conocerá innumerables vías y posibilidades de acción. El segundo océano refleja la copiosísima producción literaria del siglo de oro francés.

Personas por una parte y obras escritas por otra. ¿Cuál de los dos aspectos debe prevalecer? Los libros clarifican las ideas, enriquecen el pensamiento pero nunca podrán suplir el resorte de una presencia, de un consejo que brota de un alma encendida en el amor de Dios.

Por todo ello no creemos falsificar el cuadro de las influencias que pesan sobre la doctrina lasaliana si el análisis enfoca la galería de personajes. Enumeración objetiva desde el primer momento en orden a inferir posteriormente las tendencias predominantes en el espíritu del Fundador.

Importa reconocer la fisonomía del autor que seleccionó las fuentes que tuvo a su alcance. Tan sólo el estudio del único proceso de asimilación vital puede garantizar la fundamental unidad de su concepción.

La figura extraordinaria de La Salle, con una doctrina espiritual menos conocida que su pedagogía, es hoy objeto de serias investigaciones.

¹*Historia de la Teología cristiana, II. Prerreforma, Reformas, Contrarreforma*, Herder, Barcelona, 1989, 746.

Resulta relativamente fácil encontrar en el sector pedagógico diversas fuentes. No ocurre así, salvo contadísimos casos, en el ámbito de la espiritualidad. Fenómeno que justifica el estudio de las personas que modelaron la idiosincrasia de La Salle.

La interacción de esa serie de factores no se traduce en una síntesis ni tan siquiera en simple yuxtaposición. La Salle trasciende dichas fases. *Integra* en su propia vida los diversos elementos. Gracias a su peculiar autonomía traza para sus discípulos un itinerario específicamente tradicional y al propio tiempo abierto a las necesidades de su circunstancia. El mosaico polícromo que resulta, refleja una construcción nueva, homogénea e indivisible. Siempre hay que atribuir a las influencias un papel relativo. Lo que cuenta en definitiva es la experiencia sobrenatural de Dios.

1. Guías espirituales

¿Cuáles eran auténticamente las posibilidades de sus formadores y directores espirituales? ¿Qué ideas, orientaciones y normas de conducta infundieron en su dirigido?

Conviene, en primer lugar, ofrecer un inventario lo más completo posible de sus maestros de espíritu; pero la investigación debería proseguir.

– *San Sulpicio: 1670-1672*

Juan Bautista vive durante un período en el Seminario de San Sulpicio. Su formación no ha podido culminar por la temprana muerte de sus padres. Sin embargo, durante dieciocho meses, ha asimilado lo mejor del espíritu sulpiciano. Los acontecimientos que van a sucederse servirán de exponente para esta realidad fecunda. La fidelidad al reglamento y a un horario fijo será trasladada del Seminario al hogar. La catequesis dominical que antaño le sirviera de primera experiencia en la educación cristiana de los pobres

catalizará sus energías a favor de los hijos desamparados. El amor a la Sagrada Escritura que se respiraba en el cenáculo parisiense le estimula a secundar los planes de la Providencia.

Frecuentó, por la mañana, la Universidad de la Sorbona. En sus estudios teológicos tuvo que conocer las doctrinas que, a lo largo de su vida, darán materia a la polémica: el cartesianismo y la duda metódica; el galicanismo sostenido por miembros del episcopado y del clero; el jansenismo que concibe la gracia como privilegio antifraterno.

Guardará vivo recuerdo de sus formadores y acudirá a ellos en coyunturas particularmente delicadas. Se puede afirmar que es un hijo espiritual de Bérulle, Condren y Olier.

La escuela beruliana, con su temática característica, impregnará el ser y el quehacer de La Salle: el *teocentrismo* que impulsa a la adoración y articula el espíritu de religión con el apostólico; el *crístocentrismo* que promueve la contemplación de Jesús en sus misterios; la *soberanía de la Madre de Dios*, fiel reflejo de la santidad de Jesús; la *exaltación del sacerdocio* que invita a vivir conforme a la propia condición.

– *En actitud de búsqueda: 1672-1688*

Las dificultades se suceden continuamente. Apuntan en el horizonte soluciones inéditas con las que ni siquiera había soñado. Imperceptiblemente Dios mueve a los hombres en su derredor. Para que al final resplandezca únicamente su obra.

Si las circunstancias se presentaron erizadas de obstáculos, también es cierto que los asesores de Juan Bautista supieron estar a la altura.

Durante los seis primeros años de este período Dios colocó a su lado a otro joven canónigo, Nicolas Roland, fundador de las Hermanas del Santísimo

Niño Jesús. Entre los dos hubo complementariedad. Roland precisa de un colaborador para hacer frente a las autoridades municipales que veían en la nueva institución un avenamiento de los fondos públicos y al Arzobispo que dudaba en aprobar una comunidad religiosa de mujeres tan radicalmente distinta del concepto tradicional.

Por su parte, La Salle precisa de un Director que le ayude a discernir. ¿Seguirá o no la ruta que llega hasta el altar? El sacerdocio será el centro de su futura irradiación. Paso trascendental que cobra cuerpo con la casi inmediata recepción del subdiaconado. Roland pretende quemar etapas. Su dirigido no es más que diácono y ya le propone cambiar su canonjía por la parroquia de St. Pierre-le-Vieil. El proyecto no cristalizará porque André Clocquet, párroco, deshizo la transacción.

El 27 de abril de 1678 se extinguió santamente N. Roland. Juan Bautista es designado tutor de una institución religiosa que aspira a obtener reconocimiento jurídico. Entre los dos hombres existió comunión de pensamiento. Hasta tal punto que resulta difícil distinguir en los respectivos escritos lo que es propio del uno y del otro.

Mientras, La Salle se prepara para recibir la ordenación bajo la mirada del Superior del Seminario de Reims. Jacques Callou simultaneaba este cargo con el de Vicario General de la diócesis. La dirección que ejerció sobre el santo sufriría en más de una ocasión las interferencias de Barré, quien desde París, urgía caminos más duros y miras universales.

Callou, hombre perspicaz y moderado, sabrá en todo momento someterse a la voluntad del cielo. Intervino en tres asuntos capitales: renuncia a la canonjía, donación de los bienes patrimoniales y creación de las escuelas de París. Proyectos que no obtendrán luz verde sino después de prolongados exámenes y esperas.

Aunque La Salle estuvo bajo la dirección de Callou (1678-1688) no por eso dejó de consultar algunos problemas particulares con otras personas. Así, por ejemplo, al benedictino Claude de Bretagne a la sazón Prior de la

Abadía de San Remigio, quien intervino de modo determinante a la hora de establecer las escuelas cristianas y gratuitas para niños.

Nicolas Philbert, canónigo y profesor de Teología en el Seminario de Reims, representa asimismo un digno papel. Entendió y aprobó decididamente las razones para renunciar a la prebenda. Le aconsejó que, para alejar el previsible terremoto, se trasladara a la capital.

Destaca finalmente en este período el mínimo Nicolas Barré quien desde su convento de la Place Royale de París, ejercería positivo influjo sobre el porvenir de las escuelas cristianas. Había fundado él mismo las escuelas caritativas de San Mauro para la infancia pobre. Veía fundamental el que las maestras constituyesen una verdadera comunidad. Y, en su generosidad y fe, añadía que tal comunidad debía basarse sólo y sólidamente en la Providencia. De otro modo no crecería. Sus soluciones desconocen las medias tintas. En un principio, La Salle sintió verdadera dificultad en someterse a unas orientaciones que le reclamaron varias renunciaciones.

– *Frutecer de la línea sulpiciano: 1688-1700*

El discípulo de antaño gusta de mantenerse en contacto con sus antiguos formadores. ¿Sería con el afán de cristalizar la formación interrumpida dieciséis años antes? Poderosas razones debieron existir para que Juan Bautista adoptara semejante postura. El hecho evidencia estima y deseos de proseguir una trayectoria que le había permitido pronunciar su *sí incondicional al Señor*.

Claude Bottu de La Barmondière fue su director de conciencia mientras estuvo en el Seminario. Espiritual y recto, destacará como profesor eminente y seguro, de grandes cualidades didácticas amén de su independencia de criterio. En las vacaciones de 1683, siendo párroco de San Sulpicio, le pidió que asumiera una de sus escuelas de caridad. La Salle le prometió formalmente que vendría en cuanto pudiera. Está en el origen de la escuela de la calle Princesa.

Henri Baudrand de La Combe será confesor del santo. Párroco desde enero de 1689 se sentirá dueño de la escuela y olvidará que su dirigido estaba fundando una institución supraparroquial. Creyó que los Hermanos debían cambiar el hábito. La Salle se opuso y redactó un *Memorial* sólidamente argumentado.

Entre 1690 y 1696, Jacques Baiïyn, director de la catequesis parroquial, tuvo un trato frecuente con Juan Bautista quien lo tomó por su director espiritual.

Es un hecho históricamente comprobado que La Salle entabló con Louis Tronson una comunicación de las más fructíferas. Su amistad con el oráculo del clero de Francia venía de tiempo atrás. El joven seminarista imprimió fuertemente en su retina la figura del maestro y del director espiritual. Persona sumamente versada en la Escritura, Patrística, historia de la Iglesia y Teología escolástica. Formó excelentes sacerdotes y obispos.

En marzo de 1700, la Sociedad de San Sulpicio cambiaría de Superior. François Leschassier aceptó por breve tiempo la dirección de La Salle. Sus relaciones con el Instituto deben calificarse de frías. Aún así, en 1720, a petición del Instituto dio un informe laudatorio del Fundador, ya difunto, en catorce líneas. Testimonio que permite colegir hasta qué punto la línea sulpiciano penetró en la espiritualidad lasaliana.

La sucesión de los directores espirituales concluye prácticamente aquí. Gradatoria que procede de más a menos. De un análisis pormenorizado que remonta a los orígenes de la Sociedad a ligeras alusiones a medida que el tiempo avanza.

– *Tiempo de silencio: 1700-1715*

Época de madurez, de creatividad y de crisis. Con múltiples acontecimientos que jalonan la existencia del Fundador. Ignoramos, aparte de Dios, qué personas le acompañaron espiritualmente.

– *Espiritualidad ignaciana: 1715-1719*

En el otoño de 1715, La Salle recaló en S. Yon (Ruán). Por entonces eligió por confesor al jesuita Pierre Louis Froger. «Si el señor De La Salle muere antes que yo, ¡cuántas cosas tendré que contar en alabanza suya!», gustaba de repetir. Murió antes que su dirigido.

A su muerte, Paul Bodin, jesuita también, instructor de la «tercera probación», será el elegido para acompañarle en los dos últimos años de su vida. Posiblemente le orientaría a la hora de redactar el capítulo de la *Regla* sobre las recreaciones.

Sería sumamente interesante conocer la senda que condujo a nuestro autor hacia los ubérrimos campos de la espiritualidad jesuítica. En su juventud permaneció al margen de dicha influencia. Tan solo, hacia el final, afloran los contactos. Puede formularse la hipótesis de que tanto Roland como Barré, alumnos de los jesuitas, podrían haber contribuido a orientarle en esta dirección.

En cifra, doce nombres que se subdividen en los siguientes grupos:

- cinco sulpicianos (La Barmondière, Baudrand, Bäuyn, Tronson, Leschassier);
- tres sacerdotes de la diócesis de Reims (Roland, Callou, Philbert); dos jesuitas (Froger, Bodin); un mínimo (Barré) y un benedictino (Bretagne).

Parece insuficiente como criterio determinar la hegemonía de un grupo atendiendo tan solo al aspecto cuantitativo.

Cabe encuadrar las influencias en una triple categoría. Con todas las limitaciones que supone.

En el *orden doctrinal* privarían los nombres de Olier y Tronson. En un segundo nivel, *personal*, figuran Roland y Barré. Mientras en el *temperamental* existe cierta afinidad con la escuela ignaciana.

De los primeros recibe Juan Bautista el acervo de su saber teológico. Los segundos le infunden el espíritu que actuará su existencia. Y el último le brinda muchos esquemas para poder estructurar la espiritualidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Distintas facetas que asemejan al Fundador a un prisma que refleja múltiples colores. Con juicio equilibrado y excepcional sabiduría supo captar las necesidades de su época.

2. «El bien que producen los escritos...»

La Salle fue un intelectual, es decir, un hombre cuyo espíritu respira naturalmente en la cultura escrita. Aparece inmerso en la levadura de un rico movimiento de corrientes intelectuales y místicas que hace fermentar la masa de la Iglesia de Francia en el primer período del siglo XVIII. Quienes han frecuentado a esta pléyade de autores compartirán la alegría incomparable de haber convivido con auténticos buscadores de Dios. Hombres del temple de Juan Bautista en los que la Teología más que un hacer constituyó una dimensión de su existir.

La experiencia lasaliana trasluce en una de sus *Meditaciones*:

«Las palabras son pasajeras y no impresionan al corazón más que una vez y por un momento. En cambio, *el bien que producen los escritos, por persistir indefinidamente*, como los compuestos por san Lucas, continúan siempre dando sus frutos, y son aptos para convertir almas sin número en la sucesión de los siglos, hasta el fin del mundo, con tal de mostrarse bien dispuestas a oír la palabra de Dios que en ellos se contiene» (178, 3).

Aludir a las fuentes escritas de la espiritualidad lasaliana implica remontarse a la Sagrada Escritura, los Santos Padres y a una variadísima gama de autores.

– *Sagrada Escritura*

Es uno de los firmes pilares de la renovación religiosa del siglo xvii. La problemática en torno a su lectura en lengua vulgar dará pie a una prolongada y aguda controversia.

La polémica contribuyó a embellecer la verdad. La Iglesia de Francia es deudora a los hombres de Port-Royal y, sobre todo, a Antoine Arnauld por el celo que desplegaron a favor de la difusión de la lectura bíblica entre el pueblo de Dios.

Los espirituales recomiendan con insistencia leer el Nuevo Testamento. Bérulle comentará gustosamente a san Juan y a san Pablo. Olier se impondrá como regla leer todos los días un capítulo. El epistolario de Condren reflejará idénticas preferencias. Tronson reglamentará la lectura bíblica de rodillas e invitará a llevarlo consigo.

Luis Varela, en su tesis doctoral *Biblia y espiritualidad en san Juan Bautista de La Salle*, refleja las preferencias del Fundador, la asombrosa densidad de su obra y el grado de identificación entre la palabra humana y la Palabra de Dios².

Un triple problema acaparó la atención: extensión del círculo de lectores, traducciones en lengua vulgar y los problemas de la hermenéutica a la luz de la crítica histórica.

Si la producción literaria de La Salle admite pluralidad de destinatarios no acaece lo mismo cuando se trata de exhortar a leer la página sagrada. Lo prueba el hecho de que el mayor número de citas aparezca en obras destinadas a los Hermanos. Les prescribió la necesidad de llevar consigo el Nuevo Testamento y no pasar ningún día sin leer algo de él.

² *Sinite*, Salamanca, 1966, p. 362.

Capítulo aparte merecería indagar los diversos medios de penetración de la Sagrada Escritura. Sus precisiones teológicas junto con su argumentación y comentario, descubren un ser plenamente familiarizado con la Biblia. ¿De qué fuentes se sirvió para citar?

A propósito del Antiguo Testamento resulta, todavía hoy, muy problemático todo género de respuesta. Hay algunas coincidencias con la Biblia de Le Maistre de Sacy. Probablemente el Fundador cita de memoria o traduce directamente de la Vulgata. Mayor fortuna a la hora de aludir al Nuevo Testamento. En las *Meditaciones* usará fundamentalmente dos textos, el de Charles Huré y el de Denis Amelote.

– *Santos Padres*

El feliz recurso a la Patrística, en este período, respondía a un signo ambivalente. Había quienes buscaban fuerza espiritual. El benedictino Claude de Bretagne acudirá a la patrística para libar lo que mejor puede alimentar a las personas en la soledad del retiro. Otros, por el contrario, acudían a los textos para disponer de argumentos en las controversias de la época.

Hasta el siglo xvii inclusive, la influencia de los Padres del Desierto fue considerable. Su radio de acción abarcó más allá de los medios monásticos. Lo prueba el fluir de traducciones: Casiano, Juan Clímaco, una serie de Apotegmas y cantidad de vidas de Padres.

¿Qué grado de importancia concedió La Salle a los Padres de la Iglesia? He aquí una pregunta que podrá sorprender. En realidad, son muy pocos los que han pensado en esta vertiente de la espiritualidad y menos todavía los que aspiran a esclarecer el horizonte.

La espiritualidad lasaliana gozará de gran prestigio el día en que se resuelva esta cuestión.

El contacto del Fundador con los Padres ¿fue directo o mediatizado a través de sus directores? ¿Manejó las primeras traducciones francesas o recurrió en alguna ocasión a los originales latinos o griegos? ¿Cuáles fueron, en este sentido, sus fuentes primordiales? ¿Dónde aprendió su peculiar sistema de interpretación? Insospechado campo de acción que requiere un esfuerzo ingente por detectar las amplias citas explícitas e implícitas.

Sin ánimo de ser exhaustivos podemos garantizar que san Agustín, san Bernardo y san Jerónimo, por este orden, son los más citados en las *Meditaciones*. San Agustín, san Juan Crisóstomo y san Ambrosio destacan en los *Deberes del cristiano*. El siglo xvii pasará a la historia como el siglo de san Agustín.

– *Escuela carmelitana*

El canónigo J. B. en la primera biografía impresa de La Salle, nos sorprende con la noticia del retiro que su héroe realizó en el desierto carmelitano a una legua de Louviers. Acaeció en 1686.

La Salle hizo un retiro en los carmelitas descalzos de París de la calle de Vaugirard, probablemente en 1689. Debió encontrarse con Laurent de la Résurrection. Era un hermano converso que atraía a muchos cristianos que anhelaban vivir a fondo el Evangelio. Les enseñaba la práctica de la presencia de Dios. En otra ocasión, en 1706, repetiría la experiencia con mayor amplitud.

Conoció, sin duda, las obras de Sta. Teresa. Refiriéndose a ella escribe:

«... pasadas las duras y prolongadas sequedades, Dios la enriqueció con elevadísimo don de oración, del que ha dejado señales manifiestas en *sus escritos*, honrados con la aprobación de las personas más ilustres, y considerados por los fieles como doctrina venida del cielo» (M. 177, 2).

Jean de Quintanadoine de Brétigny, en colaboración con el cartujo Dom du Chèvre, tradujo y editó en 1601 los escritos teresianos. A partir de 1657 no hay lustro que no vea aparecer dos o tres traducciones al francés.

La irradiación teresiana abarca en un primer momento a religiosas y seglares de notoria piedad. Paulatinamente alcanza los círculos aristocráticos. Es admirada como prototipo de la reforma católica.

Debería esclarecerse la influencia de Sta. Teresa en Bérulle. Sin los esfuerzos perseverantes del Cardenal es muy probable que las religiosas de Ávila no hubieran pisado territorio francés. Si bien posteriormente surgieron fricciones por el gobierno de los Carmelos, el hecho no empequeñe su figura. Creer que no fuera partidario de la espiritualidad teresiana sería hacer un flaco favor a la historia. Existe gran similitud entre el cristocentrismo beruliano y la piedad centrada en la humanidad de Jesucristo que profesa la Doctora. Con todo, prevalecen las diferencias. La unión a Cristo es abstracta y metafísica en uno; concreta y cordial en la otra. Son dos figuras que militan en esferas diversas.

Sea a través de la escuela francesa o mediante el contacto directo, el espíritu de La Salle penetró en la espiritualidad carmelitana. Conviene recordar que, desde 1698, el Noviciado de Vaugirard había sido trasladado a una casa vecina del jardín de los carmelitas.

Otro indicio de cuanto se afirma se deduce al considerar los asuntos de los que debían tratar los Hermanos en la recreación. Entre los 16 nombres explícitos de santos que mayor relación tienen con el espíritu del Instituto figura el de Sta. Teresa.

La figura de Juan de la Cruz no se encuentra en los escritos lasalianos. Un factor que lo puede explicar es su tardía canonización respecto a Teresa de Jesús.

– *Espiritualidad ignaciana*

Es una parcela todavía por explorar. Requeriría una investigación crítica tanto sobre la personalidad de los directores jesuitas como sobre los escritos de san Ignacio y sus discípulos.

Parece incuestionable que La Salle se inspiró, en parte, en las Reglas y Constituciones del santo de Loyola. Así puede deducirse de los textos que hacen referencia a las recreaciones, a la cuenta de conducta, a la obediencia, a la modestia...

Nos gustaría poder disponer de algún testimonio fidedigno como el que refleja el interés que tuvo por conocer las Escuelas Pías. El 11 de febrero de 1705, La Salle escribía al H. Gabriel Drolin en Roma:

«Ruégole se informe exactamente sobre lo que hay del Instituto de los Padres de las Escuelas Pías: qué reglas tienen, cómo viven y se gobiernan; si se han propagado, si tienen General, cuáles son sus poderes; si son todos sacerdotes, si reciben dinero. Averigüe cuanto pueda sobre ese asunto y comuníquemelo con todos los pormenores que pueda» (*Carta 16,14*).

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas agradecerá siempre la sobresaliente aportación del P. André Rayez, jesuita. Al celebrarse el Tricentenario del nacimiento de La Salle publicó un artículo sobre los *Études Lasalliennes* que estimuló la producción ulterior³.

Suyo es el testimonio sobre las fuentes que alimentaron espiritualmente al canónigo de Reims. «Pasa fácilmente de Olier al carmelita Laurent de la Résurrection, de san Francisco de Sales a Bernières, de santa Teresa a Rancé, del jesuita Busée a Beuvelet, el discípulo de Bourdoise, o asimismo de

³ RAM 28, 1952, pp. 18-63.

Tronson al mínimo Barré, del capuchino Jean-François de Reims al canónigo Roland, del maurista Claude Bretagne al archidiácono Boudon. De La Salle se deja cautivar en la medida que lo reclama su experiencia personal»⁴.

A través de La Salle, Dios quiso responder a las exigencias de una época que convertía la instrucción en privilegio de la burguesía. Fundó una Congregación dedicada a «dar cristiana educación a los hijos de los artesanos y de los pobres». Su única ambición fue adherirse a la voluntad de Dios, a pesar de todos los obstáculos. Su vida interior, el camino que siguió bajo la experta dirección del Espíritu, la doctrina que elaborará progresivamente encierran muchas incógnitas. En su calidad de elegido por Dios posee su originalidad, su camino. Aun cuando puedan descubrirse algunas de sus fuentes merece el título de original, ya que tuvo que crear un camino de vida espiritual para un grupo enteramente nuevo en el horizonte de la Iglesia. Su experiencia reverbera en las insistencias fundamentales: alimentarse de la Palabra, vivir en la presencia de Dios, adorar a Cristo en sus misterios, dejarse guiar por el Espíritu, fe, celo, amor, oración, mortificación, retiro, vida fraterna, huída del mundo...

Más allá de una lectura arqueológica importa, desde nuestro hoy, entablar un diálogo abierto con el Hombre, el Fundador y el Santo.

– *350 años después: un Maestro para nuestro tiempo*

La historia de la vida de Juan Bautista de La Salle equivale a inventariar su caridad para con los niños. Y el mejor monumento que elevará, la institución de las escuelas cristianas. Su finalidad radica en encontrar al prójimo para comunicarle la buena nueva por pura gracia.

Todo lasaliano ha descubierto en la doctrina de su Padre la palanca con la que levantará el mundo: «exceptuados vuestro divino amor y la salvación de las almas, todo lo demás me es indiferente» (M. 187,1).

⁴ *La spiritualité d'abandon chez St. Jean-Baptiste de La Salle*, RAM 31, 1955, p. 47.

Enmarcado, de alguna forma, en la escuela beruliana, su forma de entender y vivir el Evangelio aparece condicionada por el clima espiritual de un país y de un siglo. Por ello promueve el cristianismo teocéntrico y anuncia la Palabra a los humildes. Se hace pobre entre los pobres, a quienes educa en el espíritu del cristianismo y en el amor filial a la Santísima Virgen. Busca la proyección social y el bien del Estado a través de la formación humana. Trabaja para proteger a los indefensos de la luz falsamente liberadora y proyecta su familia religiosa hacia la práctica de un amor activo y concreto.

Su aportación original a la educación popular no se entendería al margen de una espiritualidad que traduce una profunda experiencia personal.

El 30 de abril de 2001 se celebra el *350.º aniversario del natalicio de La Salle*. La efemérides, más allá de la contemplación del pasado, invita a mirar el futuro con esperanza. La rica savia que sube desde aquella raíz no se ha agotado con el paso de los años; por el contrario, se ha hecho más fecunda.

¿Qué significa la vida de un Santo de siglos pasados para los hombres y mujeres cuya vida transcurre en un tiempo, lugar y horizonte cultural distinto de los suyos? ¿No existe el riesgo de forzar su trayectoria biográfica para introducirla en nuestra coyuntura? ¿Cabe repetir literalmente una experiencia de vida, de ministerio apostólico y de santidad que tuvo un hombre tan distante de nosotros?

La Salle recuerda a los cristianos del tercer milenio el valor supremo de la vida de comunión con Dios, la urgencia de hacer operativa la opción fundamental por Cristo, el peregrinar bajo la guía maternal de María, la imaginación de la caridad para hacerse cercanos y solidarios con el que sufre, el ardor de la oración y del celo pastoral que emana de las más de tres mil páginas de su producción literaria.

El mundo de hoy necesita la presencia de un testigo que anuncie, con su vida íntegra, el Sermón del Monte ante un auditorio en diáspora.